

Y este volcarse sobre las cosas del mundo es tanto, que sus versos producen un efecto de expansión suprema, de conquista del ser múltiple, que vive en las cosas que ve a fuerza de rendimiento y entrega a ellas, a fuerza de sentirse constantemente ligado al mundo que le circunda. De la poesía de Foxá emerge una sensación contraria a esa sensación de soledad que da la poesía más actual española. Cual si el autor de «Baile en Capitanía» hubiera logrado la compañía cimeria que puede proporcionarle la variedad de las especies; como la existencia en el mundo de un ser multiplicado, que se desdoblara en otros tantos y que éstos fueran imagen del primero. Algo como un amor pleno en un pleno mediodía, derramado sobre un lugar paradisíaco.

Todo en Foxá ofreciendo claro, sin apenas misterio— si no es el de su magnífica capacidad de traslación— ese universo que le entra por los ojos poniendo en pie su emoción de poeta viajero y sentimental, al que gusta, más que el momento que vive, el vivirlo para recordar luego, cuando en el recuerdo nostálgico se le hayan limado las aristas incómodas a la actualidad; cuando la vida se revive y recrea sobre una nube prestigiosa que cede linaje a los hechos y a las cosas, y éstos adquieren rango de ser dignos de haberlos vivido.—E. M. F.

■

«TIERRA Y CANCIÓN» (Poesías), de Joaquín Romero Murube. Editora Nacional, Madrid

Hacía tiempo que tan sólo ecos nos llegaban de la voz poética de Romero Murube; ecos traídos por fo-

lletos y artículos noticiosos del Alcázar de Sevillano, de cuyos tesoros artísticos es conservador, o alguna separata de revista literaria, en todos los cuales campeaba la vena lírica de Joaquín Romero, que se ha encerrado en tan magnífica mansión para enseñorearse, para hacerse más serena, más mirada que serenamente acaricia cuanto se pone ante ella. Y ahora, al fin—al fin para los que seguimos a Joaquín Romero Murube desde aquellos tiempos, no muy lejanos, de *Mediodía*—aparece este *Tierra y Canción*, donde el canto de Romero Murube está acompañado por el agua y la flor; donde su voz se nos muestra robadora del sonido de las fuentes sevillanas y del aroma de las plantas finas de los jardines. La voz de Joaquín Romero, perezosa y somnolienta, como el frescor de un patio sevillano en la tarde estival.

Porque la poesía de Romero Murube nos da eso justamente: no es el grito hondo, angustiado, como es el de una intimidad poética a lo castellano; no es esa persecución severa del yo descubierto, de la verdad de ese yo por descubrir, que matiza en tragedia la poesía de los hombres de Castilla. Joaquín Romero Murube, andaluz cien por cien es, en su poesía, el hombre satisfecho de la existencia—sin torturantes problemas de ser o no ser—que encuentra la vida perfectamente acabada; y con toda serenidad, con una serenidad tintada por la melancolía, hace que surja el lírico que lleva dentro y comience a cantar ante lo contemplado, ante las cosas exteriores que le han producido enamoramiento. Y lo hace a media voz, con sordina a veces, porque en la poesía de Romero Murube se advierte que canta para él, como para convencerse él mismo de que es cierta la belleza de lo que contempla, ya que ella hace que brote melodiosa,

fácil y armónica, su voz, cual si vistiera suavidades de rocío al resbalar sobre los pétalos de la azucena. Así es siempre la poesía de Joaquín Romero: a media voz, aterciopelada, cantarina, andaluza ciento por ciento, aunque no alcance la «pena pena» del cante «jondo».

Una poesía en la que siempre encontramos al plástico malogrado, o al contemplativo incorregible, enamorado de la forma y el color:

«No estoy aquí, que me llama  
la luz de tu calle, el sol  
sobre el acerado gris  
y las paredes de cal  
con el balcón de geranios».

Y cuando así nos dice estamos viendo al acuarelista que va cortando colores en cada verso, pendiente de la matización del color, de las sombras y de las claridades; el acuarelista que es todo ojos emocionados. Como en el poema «A unos cedros» le vemos con obsesión por la forma, buscándola y recogéndola en todas sus expresiones, apresando la materia en cada palabra:

«Fuente de verde vida, latidos de sustancias vírgenes, transparentes—agua, sol, luz, resina—. La arcilla que se encrespa por ser arquitectura y nutre el tronco fuerte, las cruces corpulentas, los vástagos flexibles, las piñas en los frutos, y ese plumón de plata que reviste las ramas, y en donde el aire duerme, cansado de caminos». Sigue aquí el plástico que se encierra en Romero

Murube, ahora en escultor—atavismo logrado—con el alma y el sentir de alguno de los imagineros de la escuela sevillana, que cromata su escultura. Y es escultor también cuando, en el «Romancillo del Niño del Barrio», dice:

«Los muslos y el talle estrechos,  
esbelto como una espiga.  
En el bronce de su cara  
lo blanco de la sonrisa».

Poesía ésta de Romero Murube cargada de sensualidad, de cálido entusiasmo por lo externo; una poesía que surge fácil y expresiva, en un verso lleno de naturalidad, nada esforzado y sin estridencia, como si el poeta no quisiera levantar su voz por encima de las cosas que canta. Sin intentar coger el cielo con las manos, tal vez porque piensa que el cielo está en esas cosas que él acaricia cantando. Ni aún en sus visiones dramáticas levanta la voz. Ejemplo de ello son su «Fábula del niño muerto»—uno de los mejores poemas del libro—o en «Kasida de las campanas». Así como toda su estética se declara en «Kasida de la muerte».

En esta última se manifiesta, casi de una manera total, la postura poética de Joaquín Romero, expresando qué desearía ser después de muerto; queda allí clara la situación ante el mundo del hombre contemplativo que este poeta es, del cual no podemos esperar otra poesía que ésta de las cosas gustadas, que este cantar constante a lo gozado, exento de la pasión de las cosas deseadas.

Tal vez a esta poesía pueda achicársele falta de entrañabilidad, de intimismo que identifique al poeta

con su lector. Pero, sin embargo, remansa melancólicamente, como el sonido de las fuentes en la noche estival del Alcázar sevillano.

Las ilustraciones del buen dibujante Escassi, muy acertadas. La edición cuidada y agradable.—E. M. F.



«COIRÓN» novela de *Daniel Belmar*

Tal vez las características más notables de Daniel Belmar sean la plasticidad de sus metáforas y comparaciones, junto a un clima de sentimientos asordina- dos que crea para sus personajes. Clima que no impide escenas fuertes, crudas, hondamente dramáticas, sino que evita que ellas desemboquen en lo truculento como acontece en muchas obras criollas.

Demostró Belmar, lo que anotamos en su inolvidable «Roble Huacho» y más tarde, con técnica distinta, en «Oleaje», novela ésta seleccionada con mucho acierto por Colección *Flor Nacional* para integrar su índice.

Hoy en esta obra señera de nuestra novelística, «Coirón», corrobora lo dicho y lo supera. Y si no, leamos: «El vuelo de una lechuza cortó, como un facón de trapo, la ola negra de la noche». «... El Gallego se subió como leche hervida»... «Su rostro se tornó ceniciento, endureciéndose, cristalizándose, como si se hubiese convertido en madera»...

¿Se puede pedir mayor precisión al describir algo?... Aparece el objeto descrito, puro, libre ante nuestros ojos. Es posible casi tocarlo.

En «Coirón» nos muestra Daniel Belmar toda su capacidad narrativa y el inmenso poder poético de su